

La imaginación, la vida y la muerte

Los dinosaurios

ANA MARÍA DÍAZ (textos)
MANUELA FANDIÑO (ilustración)
El Salmón Editores, Bogotá, 2016,
33 págs., il.

EN LA cubierta, un niño lee distraído mientras un grupo de dinosaurios, situado detrás de él, lo acompaña. Huellas de reptiles se dibujan en las guardas y, a continuación, la primera página nos recibe con la imagen de un huevo: una invitación a la vida.

Los dinosaurios, opera prima de la autora y editora Ana María Díaz, habla del juego de la imaginación entre un padre y un hijo. En sus historias infantiles, el narrador y el padre eran dinosaurios que volaban, nadaban, comían y cantaban hasta la hora de la siesta, cuando soñaban con nuevas aventuras. Pero, con el paso del tiempo, el papá envejeció y murió y “como papá ya no estaba, ahora era yo quien contaba las historias”, dice el narrador. Sus pies ágiles, que un día enseñaron a caminar, también se volvieron lentos y perezosos, hasta que el sueño del padre se volvió también el sueño del hijo y la siesta que tomaban en la infancia se convirtió en el encuentro de los dos allá, en el lugar del que no se regresa.

En *Los dinosaurios*, la autora y su ilustradora, Manuela Fandiño, se atreven a hablar del ciclo de la vida y de la muerte, de la trascendencia, del pasar del tiempo y del juego de la imaginación. Y digo “se atreven”, porque pocos son los autores de libros para niños que atraviesan la imagen idealizada de la dulce infancia y abordan temas trascendentes para todas las etapas de la vida. Así, se da lugar a un libro álbum —aquel en el que las ilustraciones y el texto establecen un diálogo— de gran calidad en el formato, el diseño y la edición y con un contenido que ofrece múltiples capas de interpretación. Es una invitación a reflexionar sobre la vida misma, sobre la muerte y a llevar de la mano a un joven lector con respecto a estos sucesos.

Las ilustraciones, de corte realista, proponen juegos de color entre la realidad del narrador, en blanco y negro, y la ficción, representada por

los dinosaurios, a color. El formato apaisado permite que las imágenes y los textos tengan suficiente espacio, de manera que la lectura fluye y a la vez genera silencios que invitan al lector a darse unos segundos para observar y reflexionar.

Además, es evidente el cuidadoso trabajo de dirección de arte en el diseño: la composición, el ritmo y la tipografía. Por ejemplo, la primera doble página del libro (pp. 4-5) es contundente e invita a seguir con la lectura. La composición es equilibrada: a la izquierda, unos zapatos en blanco y negro; a la derecha, se asoman las colas de unos dinosaurios que parecen salir de escena e internarse en ese mundo de fantasía y de juego.

A pesar de la amplia lista de cualidades de este libro, ciertos detalles le impiden tener la fuerza que pudo haber logrado. En primer lugar, considero que la línea de la ilustradora es aún inmadura y rígida, los dinosaurios parecen copiados de imágenes de libros informativos o de enciclopedias: siempre están posando, mirando a la derecha; incluso, las acciones iniciales (nadar, cantar bajo la lluvia, volar y comer) se sienten poco orgánicas. Aunque hay unas páginas dobles muy bien logradas —como la de la siesta de padre e hijo (pp. 10-11)—, otras parecen inacabadas, como la del lago, en donde los rayones sobre la superficie del agua y sobre las piedras hacen ver sucia la imagen (pp. 20-21). Además, hay una ausencia considerable de perspectivas. Siempre vemos a los personajes en el mismo plano, como en una obra de teatro. Hay que ver un libro como *Dinotopia*, del artista James Gurney, para tener un buen referente gráfico de un libro de dinosaurios para jóvenes lectores.

En cuanto al texto, no se deja de extrañar un final un poco más esperanzador, especialmente para los lectores más pequeños. Todos sabemos que la vida se va a acabar, los dinosaurios se extinguieron; sin embargo, la promesa narrativa se sostiene sobre el ciclo de la vida, por lo que una gran diferencia pudo haberse dado de concluir la obra con el huevo, que da origen a una nueva historia.

Terminar el libro con una tumba y dos ancianos que caminan hacia el más allá no solo deja una sensación

amarga, sino que corta con el espíritu de juego y fantasía. El eco que resuena al cerrar el libro es el de la muerte. No obstante, la idea de la unión de padre e hijo a pesar de la muerte le brinda una ligera luz a esa opacidad mortecina y se convierte en un suspiro de alivio con las guardas de cierre: las huellas de ambos que se acompañan.

Este libro es una apuesta audaz en la literatura infantil colombiana, por varias razones: en primer lugar, surge de una editorial independiente muy nueva, modesta, con apenas tres títulos en su catálogo y un año de vida. En segundo lugar, su principal fundadora, que es a la vez la autora de *Los dinosaurios*, es una joven emprendedora de 23 años. Para cerrar, el libro tiene un tema contundente: el ciclo de la vida y la muerte, que algunos pueden verlo complejo y pudo haber recibido un mejor tratamiento. Sin duda, este salmón quiere nadar contra la corriente y en su joven desplazamiento logra un libro poético, profundo y generador de múltiples reflexiones.

Zully Pardo